

Rabanín, el rabanito que se creía especial

¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien! Salmo 139:14 NVI

Fn la huerta de la familia Pérez, Sandra y Carolita ayudaban a sus padres a cosechar verduras. Las niñas eran gemelas; quiere decir que nacieron el mismo día. Se parecían tanto que casi todos los vecinos las confundían.

A Sandra le decían Carolita y a Carolita le decían Sandra. A las niñas les gustaba jugar bromas, haciendo que la gente las confundiera.

–¡Qué lindos se ven los rabanitos! –dijo Sandra–. Son tan coloraditos e igualitos.

–Sí –respondió Carolita–. Me gustan sus hojas. Parecen sombreros.

Las niñas cosechaban alegres los rabanitos, sin darse cuenta de que Rabanín, uno de los rabanitos, se molestó mucho. No le gustó lo que Sandra dijo, acerca de que todos los rabanitos eran iguales.

UN RABANITO ESPECIAL

–¡Bah! Yo no soy igual que los demás –protestó Rabanín–. Yo soy un rabanito especial.

Las demás verduras, que junto con Rabanín estaban en una canasta grande, lo miraron extrañadas, pero no hubo tiempo para comentarios. El papá de las gemelas metió los rabanitos bajo un chorro de agua fresca para lavarlos, y... ¡al mercado!

Sandra y Carolita ayudaron a sus padres a vender.

–Vendo toma-a-a-a-ates –gritaba Carolita.

–Compre rabani-i-i-itos –decía Sandra.

Habían acomodado todas las verduras en su lugar, bien limpias y formaditas. En un lado los gordezuelos tomates, y junto a ellos las rosadas cebollas.

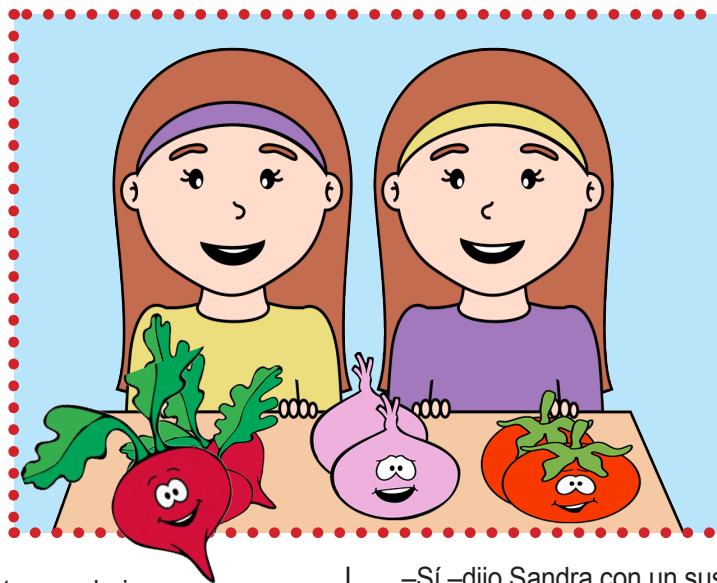
También vendían delicadas lechugas, que parecían señoras con polleras verdes, y, por supuesto, muchos simpáticos rabanitos.

Rabanín se puso muy contento al ver que lo colocaron en la primera fila.

–Si me pusieron aquí, debe ser porque soy muy especial –dijo Rabanín–, mostrando la mejor de sus sonrisas.

Al escuchar eso, una de las cebollas le reprochó:

–¡Qué tonto eres, Rabanín! Todos los rabanitos son iguales. Sólo las cebollas somos especiales.



LA PELEA DE LAS VERDURAS

–¡Vaya, orgulloso! –protestó una de las señoras lechugas. Las cebollas y los rabanitos no son especiales, sólo las lechugas.

Así, cada una de las verduras decía ser especial y se gritaban unas a otras. Como si las niñas las hubieron escuchado, Carolita dijo:

–Mira, hermanita gemela, todos los rabanitos son iguales, también los tomates. Se parecen a nosotras.

–Sí –dijo Sandra con un suspiro–. ¡Qué lindo sería ser especial y diferente!

Todas las verduras se callaron al escuchar a las niñas. A lo lejos se podía ver que eran igualitas.

CADA UNO ES ESPECIAL

–Mis queridas gemelas –dijo el papá de las niñas–, cada una de ustedes es especial. Si se miran en el espejo parecen iguales, pero yo les voy a mostrar algo que es diferente.

Rabanín se interesó mucho en lo que el papá decía a sus gemelas y casi se paró de puntas.

–Miren sus dedos. Todas las líneas forman un modelo especial y no hay dos dedos que tengan un modelo igual. Esos modelos se llaman huellas digitales. Pero no sólo nuestros dedos son diferentes, sino también nuestro corazón y nuestro modo de pensar. No hay dos personas iguales en el mundo. Cada una es única y especial.

–Ya ven –dijo Rabanín a sus amigos rábanos–. Todos somos especiales.

Las verduras se avergonzaron por la pelea que habían tenido. Muy pronto irían a parar en un plato de sopa o en una ensalada, porque Dios había decidido que las verduras fueran rico alimento.

Al terminar el día Carolita, Sandra y sus padres volvieron del mercado con la canasta vacía. Rabanín ya estaba muy lejos, en la cocina de alguna buena señora.

ERES ÚNICO Y ESPECIAL

¿Sabías que eres único y especial? No hay otro niño como tú en todo el mundo. Dios te ama mucho y te ha hecho así como tú eres, para que le sirvas con tu sonrisa, tu cariño y tu amor.

Sonia